

SAN FRUTOS, UN VIEJO MONASTERIO

Vicente Adelantado Soriano

En Prádenas, un agradable y tranquilo pueblecito de la provincia de Segovia, le recomendaron al viajero visitar Pedraza y Sepúlveda. La simpática señora que le dio las indicaciones al forastero le dijo, también, que Sepúlveda era un pueblo “más ciudad” que Pedraza. A esta última población la describió como totalmente anclada en la Edad Media. Como cosa llamativa, sonriendo añadió que en todo el lugar no hay ningún cartel ni anuncio, pues allí, continuamente, están rodando películas “de épocas antiguas”. En vano trató el viajero, buen aficionado al cine, de recordar alguna película rodada en sus calles y plazas. Nada acudió a su mente. Pese a ello, visitó Pedraza; y no se sintió defraudado: le gustó el pueblo. Él, callejeando, también vio posible rodar su imposible película allí, o en un lugar semejante. Un viejo sueño. Una película en blanco y negro y en 70 milímetros.

En Sepúlveda, al viajero le encanta preguntar y entablar conversaciones, le recomendaron que no dejara de ir a las Hoces del río Duratón. Y que llegara hasta el final del camino, un kilómetro más o menos, que hay que recorrer a pie. En ese punto, a pocos metros del cenobio de san Frutos, se puede ver la curva del río, y contemplar las Hoces en toda su majestuosidad. El viajero tiene por norma hacer caso a la gente del lugar. Aunque siempre lleva en el coche botellas de agua y bocadillos de reserva, una navajita y un pequeño botiquín: sabe por experiencia que las distancias, en algunos casos, son muy subjetivas. Recuerda lo que dice el *Kalevala* al respecto: “*Tres cosas acortan los caminos: la conversación, acelerar el paso y ser perseguido.*” Y a saber en qué caso se encontraba quien informa del camino y de su duración.

Abandonada la carretera general, siguiendo las indicaciones, el viajero se mete en el camino. El camino que lleva al convento de san Frutos es un camino forestal. Está lleno de baches, piedras y tierra reseca. Al viajero no le gusta el aire acondicionado; prefiere, con mucho, llevar bajadas las ventanillas del coche, y respirar el aire puro de las montañas. Camino del convento, no obstante, tuvo que cerrar las ventanillas y poner el aire: era tal la polvareda que levantaba el coche, que corría el riesgo de morir asfixiado. Al cabo de unos largos e interminables minutos, con el cuerpo agitado como si lo hubieran metido en una batidora, llegó a una explanada donde había varios coches aparcados, y algunas personas agotadas. A partir de ese punto había que seguir a pie.

Eran las dos de la tarde. Se percató enseguida de que era faena inútil buscar una sombra. No había un árbol en todo el aparcamiento. Había alguno que otro, no obstante, por aquí y por allá, muy alejados entre sí. Nada más bajar del coche se bebió un largo trago de agua. “Si el agua estropea los caminos, qué no hará con los intestinos” le dijo un hombre mayor cuando lo vio salir de la tienda con varias botellas de agua y ninguna de vino. Sonrió y aceptó encantado una invitación para conocer el vino del país. Era bueno, efectivamente.

Animoso, abrió el maletero, cogió la mochila, puso un bocadillo en ella y una botella de agua sin empezar. De litro y medio. Se caló su sombrero de labrador, se puso las botas, y comenzó a caminar con buen ánimo e inmejorable disposición. Caía un sol de justicia. De vez en cuando el viajero se cruzaba con visitantes que volvían del viejo cenobio. Trató de estudiar sus caras para saber si valía la pena continuar. Todas expresaban lo mismo: calor y cansancio. Decidió que no eran gestos objetivos, y que, como siempre, tenía que arriesgarse. ¿Qué sería de la vida sin algún que otro riesgo? Además, riesgos como aquel eran juegos de niños. Siguió caminando.

A los pocos pasos, por efecto del sol y de la mochila, comenzó a sudar. Pensó en lo agradable que sería encontrar una sombra cerca del cenobio y descansar rodeado de silencio. El viajero se dijo que le hubiera gustado mucho hacer aquel viaje en la Edad Media, comer con los padres en el refectorio, en tanto algún hermano leía la regla de la orden, y pernoctar entre aquellos muros deleitándose con el gregoriano canto de los monjes. Pero reconoció que, seguramente, en el convento ya no habría frailes. Su informante no había tenido la precaución de advertirle del estado del cenobio. Tampoco él se vio en la necesidad de preguntarlo.

De vez en cuando el viajero se apartaba del camino, y se acercaba todo cuanto podía a las Hoces. El paisaje era soberbio. La montaña se cortaba a pico. Allí abajo se veía el ancho y manso río. Parecía una

balsa: nada se movía en él. Alguna sombra, sin embargo, lo inquietaba de vez en cuando: sobre su cabeza volaban águilas o buitres. El viajero no tiene muy buena vista, y apenas si sabe distinguir un ave de otra a no ser que las vea en fotografías. Se recrimina también por no saber el nombre de los árboles ni de las plantas. Apenas si se percata de las diferencias que hay entre un pino y un chopo, una encina y un olmo. Y hasta que llegó a aquellas tierras no supo lo que era un enebro o sabina. “Son más las cosas que se ignoran que las que se saben” -se dice sin encontrar consuelo en sus pensamientos.

El camino que lleva al convento no es largo ni pesado. No tardó en llegar. Tuvo que cruzar un pequeño puente para acceder a él. El convento está en ruinas; situado en la parte más elevada y confortable de un fuerte islote enclavado en medio del río Duratón. Pensó el viajero que llegar al monasterio, en la Edad Media, tuvo que ser hartamente dificultoso. Piensa que, en realidad, viajar, hasta hace pocos años, era toda una aventura. El viajero ha leído y releído el libro de George Borrow, *La biblia en España*. Don Jorge, como era conocido su autor en la Península, se recorrió España y parte de Portugal, entre 1836 y 1840, es decir durante la primera guerra carlista. Quería difundir la Biblia por el país, a fin de que España, conociendo una buena traducción de esta, hecha por la Sociedad Bíblica británica, dejara de ser papista. ¿Quién sabía leer en España en aquel momento? Don Jorge empezó la casa por el tejado. Su libro es un libro de aventuras. Por aquella época ni había caminos ni carreteras; extraviarse en el monte era normal, salvo que se llevara guía; y se podía caer en manos de facinerosos, guerrilleros, estafadores o simples bandidos. Recuerda el viajero que don Jorge estuvo a punto de ser fusilado, pues lo creyeron un espía, ya no recuerda si de los liberales o de los carlistas.

A pocos metros del monasterio, antes de acceder a él, hay tumbas antropomórficas excavadas en la piedra. El viajero se maldice por no haber cogido la brújula: deseaba saber hacia dónde están orientadas las sepulturas. Luego, sintiendo una respetuosa emoción, penetra por la puerta del cenobio. Está en ruinas. Las hierbas crecen por doquier, y águilas o buitres proyectan sus grandes sombras sobre las viejas piedras. Hay un maravilloso silencio. El viajero recorre todos los rincones. En una pared una lápida recuerda que el convento dependía del de santo Domingo de Silos, y que fue abandonado por culpa de la desamortización de Mendizábal.

El viajero sonríe. Es imposible, en este país, visitar conventos, iglesias y catedrales y no oír algo, y nunca agradable, contra el señor Mendizábal. También don Jorge habla de él: “*Descubrí -dice- que era, como ya me habían advertido, acérrimo enemigo de la Sociedad Bíblica, de la que me habló en términos de odio y desdén, y en modo alguno amigo de la religión cristiana.*”

El viajero sabe que hubo más desamortizaciones, pero todo el mundo se ceba con la de Mendizábal. Algunos lo consideraban un hombre providencial que había de regenerar España. Otros lo consideraban un simple comerciante navegando entre el viejo y caduco clero y la dubitativa monarquía de la de los tristes destinos y un puñado de amantes. Y ya se sabe que quien navega entre dos aguas jamás alcanza una cátedra. Intentar renovar la Hacienda le costó a Mendizábal el puesto y el odio eterno de la Iglesia. Sí, la desamortización no se hizo como se debía haber hecho. Pero tampoco Mendizábal contaba con muchos apoyos. Y las guerras carlistas, por intereses de unos y de otros, se sucedieron unas a otras. Nunca el viajero ha oído, en conventos e iglesias, nada en contra de los frailes y curas guerrilleros.

El viajero se sienta en un escalón de la puerta de la iglesia. Está cerrada. No se puede visitar. Se quita el sombrero, y se pasa la mano por la frente como si quisiera deshacerse de sus pensamientos negativos. Le gusta la paz y el silencio de san Frutos; el vuelo de esas aves tan grandes y silenciosas, y aquel pequeño cementerio en la ladera del islote. ¡Qué bien se debe descansar allí! Poco a poco la paz y la tranquilidad lo van invadiendo por completo. Eso es lo que más le gusta de las viejas ruinas de los conventos y cenobios. Se pregunta entonces, echando un vistazo a su alrededor, cómo y de qué se alimentaban aquellos monjes que vivían entre esas piedras. Y se dice que hay que tener una gran fe para vivir allí, lejos de todo y de todos. Le encanta el lugar, el silencio y los paisajes. Tal vez en la Edad Media se hubiera quedado...

El viajero, sin tomar nada, vagando de ensoñación en ensoñación, permaneció sentado, en la puerta de la iglesia, hasta que dos o tres horas después comenzaron a llegar más visitantes, pocos y espaciados. Entonces, con un profundo sentimiento de paz, calma y tranquilidad, se fue hacia el coche no sin dejar de volver la vista atrás una y otra vez.